

JOSÉ LÓPEZ TOMÁS

El Quijote

EN EL

Extranjero



VALLADOLID
Imprenta Castellana
MIGUEL ISCAR, F

1906

G-F 6509



DG
BA
D

EL QUIJOTE EN EL EXTRANJERO

N.T. 106288
CB .1129394

EL DOCTE EN EL EXTRANJERO

EL QUIJOTE EN EL EXTRANJERO



Recopilación de juicios sobre el Quijote
formulados por varios escritores franceses, alemanes,
ingleses, norteamericanos é italianos

POR

José López Tomás



Trabajo premiado en el concurso
abierto por la Escuela Superior de Comercio de Valladolid
con motivo del Tercer Centenario de la publicación
de la obra inmortal



VALLADOLID
Imprenta Castellana
Miguel Iscar, letra F

1905



R. 76256

EL QUILOTE EN EL EXTRANJERO

Recopilación de juicios sobre el Quilote
formulados por varios escritores franceses, alemanes,
ingleses, norteamericanos e italianos

1844

José María Quintana

Trabajo publicado en el extranjero
por la Academia de Ciencias de Viena
con el consentimiento de la Academia
de las Ciencias de Madrid



IMPRESION EN
LONDRES, EN LA
ESTACION DE S. MARTIN

1844





RESEÑA

del juicio que han formado acerca de EL QUIJOTE
algunos ilustres escritores franceses,
alemanes, ingleses, norteamericanos é italianos



NCE años pasaron desde la
publicación de la última
comedia de Cervantes hasta la del
Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la
Mancha, tiempo en el cual había lle-
gado á olvidarse casi por completo
el nombre del que, sin duda, estaba
labrando en el silencio y la oscuri-
dad el pedestal de su gloria. Al mismo

tiempo que incubaba ésta, Cervantes tenía que resolver el prosáico pero imperioso problema del sustento diario, y para esto, después de escribir *La Galatea* y varias comedias y entremeses, aún se vió obligado á aceptar, sino á mendigar, cargos tan ajenos á sus inclinaciones como el de empleado en Sevilla en las provisiones de las flotas de Indias, y el de agente de negocios, posteriormente, en 1593, escribiendo en esta época sus *Novelas Ejemplares*. Para colmo de desdicha y al parecer relacionado con este último cargo, Cervantes estuvo recluso en la Cárcel en dos ocasiones; todo lo cual era motivo suficiente para que se apagase la inspiración más fresca y lozana.

Pero los génius son excepciones y

Cervantes concibió la idea, que realizó en parte, de su obra inmortal, en un lugar donde *toda incomodidad tiene su asiento* y en el cual lo más seguro es que se pierda hasta la hermosa facultad con que el Supremo Hacedor nos distinguió de los demás séres que pueblan la tierra. En 1605 pudo ya dar á la estampa la primera parte de su obra, honra que cupo en suerte á Madrid. La de la dedicatoria, que no merecía, le correspondió al sexto Duque de Béjar. Este noble se negaba á aceptarla al ver que se intentaba unir su nombre á una obra satírica. A ruegos de Cervantes oyó la lectura de un capítulo y el placer que con ello recibió fué tan grande, que aceptó la dedicatoria: consintió que se le inmortalizara. Pero no mo-

vió esto el ánimo del prócer al agradecimiento y con éste á la protección, que es la forma que debe tomar en quien por la suerte, ya que no por el propio valer, está colocado en las alturas sociales.

Cervantes tuvo que buscar en sí mismo lo que no encontraba en los demás, y su ingenio, siempre poderoso, le sugirió la idea de publicar un folleto titulado el *Buscapié*, con el cual consiguió mover la curiosidad pública.

Gracias, segunda vez, á Cervantes, el Quijote tuvo un gran éxito, publicándose en menos de dos años unos 30.000 ejemplares y traduciéndose en vida misma del autor á varias lenguas europeas. La primera parte, que es á la que nos referimos, se pu-

blicó traducida, en Bruselas en 1607, en Lisboa en 1605, en Milán en 1610.

De cómo había llegado á ser conocido el nombre de Cervantes en el extranjero, da idea la anécdota referida por Mr. Merimée en su excelente noticia sobre Cervantes y según la cual una Embajada francesa que fué á Madrid y que se trasladó á Toledo, después de pintarle al Cardenal su gran admiración por Cervantes, le pidió como favor especial que les presentara á este hombre célebre. Añade Merimée que el Embajador ofreció una pensión á Cervantes, no admitida por éste sin duda por no inferir agravio á los que se llamaban sus protectores.

Entre esta primera parte del Quijote y la 2.^a, media un período de diez

años y un nombre despreciado por los españoles, muy injustamente: el de Avellaneda. El que escribe estas líneas no ha leído el Quijote de este autor, «en el que, dice Larousse, se encuentran todos los personajes del de Cervantes, pero ni una chispa del génio de éste;» pero ha leído y sabe de memoria la 2.^a parte de la obra inmortal, que es quizá superior á la primera; y como aquélla no se hubiera publicado si el Avellaneda no hubiera tenido la feliz idea de dar á luz su trabajo, de aquí que tenga por injusto el desprecio á Avellaneda. Es agradecimiento lo que se le debe. Cervantes dice en su 2.^a parte del Quijote que *nunca segundas partes fueron buenas*, refiriéndose sin duda á la publicada por ese autor, no á la

propia; ni ¿cómo podía decirlo por ésta y añadir: «*treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares?*»

Esta 2.^a parte del Quijote tuvo la mejor aceptación, leyéndose con avidez en España y traduciéndose inmediatamente: en Bruselas se publicó en 1616, en Lisboa en 1617. La obra completa se publicó en Bruselas en 1662, en Ambéres en 1673, en Londres en 1701, en Lyon en 1736, en la Haya en 1744, en Amsterdam y en Leipzig en 1755. Según un bibliófilo francés, «después de la *Biblia*, dice, la obra que ha tenido más ediciones es *Don Quijote de la Mancha*. Del libro inmortal de Cervantes van hechas ya en 1872, 652 ediciones en

español, 200 en inglés, 163 en francés (1), 96 en italiano, 84 en portugués, 70 en alemán, 13 en sueco, 8 en polaco, 6 en dinamarqués, 5 en ruso, 4 en griego y 2 en latín; total 1.303 ediciones en 267 años, ó sea una edición cada 50 días aproximadamente.»

Con estos datos por base, para apreciar en números, que son, como se ve, elocuentísimos, el entusiasmo que ha despertado la obra de Cervantes, pasaremos ya á exponer el

(1) Mr. Louis Viardot consigna en su *Noticia sobre la vida y las obras de Cervantes* que sólo de la traducción francesa que hizo Filleau de Saint-Martin á mediados del siglo xviii, iban ya publicadas en 1836 nada menos que 52 ediciones. Para pormenores referentes á las ediciones extranjeras véase la obra de I. C. Brunet, «Manuel du libraire et de l'amateur de livres.»

juicio que ha merecido á varios ilustres escritores extranjeros y el altísimo prestigio á que se ha elevado en el mundo.

«...Walter Scott, el gran novelista inglés, lo califica de «*obra magistral del humano entendimiento*;» el P. Rappin, de «*sátira muy fina, superior á cuanto de este género se había escrito en los últimos tiempos*» (Reflex. sur la Poétique); el abate Du-Bos, observando que todos los pueblos tienen sus fábulas particulares y sus héroes imaginarios, asegura que «sólo la fábula del Quijote ha logrado la gloria de ser tan conocida de los extranjeros como de los compatriotas del ingenioso español que supo crearla y darla á luz;» Rousseau le llamaba *inimitable* y lo profería á todos los

escritos de imaginación (Reflex. critiques sur la Poésie et sur la Peinture); Florian, el traductor francés, afirma que «Cervantes es acaso el único hombre que, por medio de una invención tan original como ingeniosa, haya obligado á los lectores á seguirle en su historia no sólo sin fastidio ni cansancio, sino con admiración y contentamiento.» Montesquieu decía epigramáticamente que se escribió este libro para demostrar que los demás no valen nada. Samuel Butler, el fecundo poeta inglés, en su poema satírico y burlesco intitulado *Hudibras* (llamado por algunos el Quijote inglés), contra los presbiterianos del tiempo de Oliverio Cronwell; los insignes sabios de Inglaterra, Pope (*The Works of Alexander Pope*),

Arbuthnot y Swift en las Memorias que escribieron mancomunados de *Martin Scriblero* para satirizar el abuso de la literatura y pedantería en las ciencias; los escritores franceses Pedro Carlet de Marivaux en su obra *Les folies romanesques* ó el *Don Quijote moderno*; el autor del *Oufle* y el *Don Quijote en París*; Mr. D' Usieux en *El nuevo Don Quijote*, y últimamente Alphonse Daudet en su *Tartarin*, todos se propusieron por modelo al ingenioso hidalgo de la Mancha y todos aspiraron con empeño, aunque no con igual acierto, á imitar su plan, sus aventuras y sus gracias.

El juicioso periodista holandés Justo Van-Efen (*Le Misanthrope*) quería que esta obra se pusiese en manos de

la juventud para amenizar su ingenio y cultivar su juicio, por la elegancia de su estilo, por la agradable variedad de sucesos que enlaza, por su moral admirable y atinadas reflexiones sobre las costumbres de los hombres, por el tesoro que contiene de juiciosas censuras y excelentes discursos y con especialidad por la salconque lo sazona todo;» Gayton lo ensalza en su obra *Pleasant notes upon Don Quixote*, así como la señorita Kiernan en *The Transactions of the Royal Irish Academy*; César Oudin, admirador entusiasta de la obra, que tradujo, viajó con ella en la mano por todo el país de las aventuras de Don Quijote; Row, el poeta inglés, aprendió el castellano para poder leer la obra en la lengua original,

por lo cual le envidiaba el conde de Oxford.

Y en el mismo sentido se expresan Saint-Martín, traductor del Quijote al francés; Tick, que lo vertió al alemán; Wilmont, Shelton, Durfey, Smollet, Charles Jarvis (cuya traducción «The adventures of Don Quixote de la Mancha, Translated from the Spanish of Michael de Cervantes) que en su *Memoir of Cervantes with a Notice of his works* dice: «de todas las ficciones españolas en prosa, el inmortal Don Quijote puede decirse que es la única que haya tenido influencia en Europa;» así también Dubournial, traductor al francés de la obra y L' Aulnay, Paul de Saint-Victor, el interesante autor de *Lamartine*, Chasles, el notable crítico de literatura y

arte, y Franciosini que tradujo el Quijote á la lengua de Dante. Clemencin habla en el prólogo de su notable comentario, publicado en 1833 de la *idolatría* en que rayó el entusiasmo por Cervantes entrado ya el siglo XVIII.

Mr. Gayot de Pitaval presenta á los jueces en su obra de las *Causas célebres* como aprovechable modelo en casos extraordinarios los ingeniosos juicios de Sancho Panza en el gobierno de la Ínsula.

El sabio francés Saint-Evremont manifestaba en el siglo XVIII que «era el Quijote un libro que podía leer toda su vida sin disgustarse de él un sólo momento, y que de cuantas obras había leído esa era la que él más quisiera haber compuesto.»

El Dr. Juan Bowle, párroco de Idemestone, aldea próxima á Salisbury, consumió 14 años de su vida en el estudio de este libro admirable que no conocía sino por las traducciones de su país, empezando por aprender la lengua castellana con el único objeto de investigar el sentido de la obra, avalorar sus bellezas, señalar sus alusiones é ilustrarla, en fin, con todos los recursos de su no vulgar entendimiento. Tan infatigable perseverancia no podía menos de ser coronada por un éxito feliz; y con efecto, Mister Bowle dió cima á sus árduas tareas publicando su celebrada edición del Quijote con anotaciones, índices y varias lecciones en 1781. Hablando del autor del Quijote estampa estas notabilísimas palabras:

«este autor celebérrimo, tan justamente estimado de todas las naciones cultas, el nunca como se debe alabado Miguel de Cervantes Saavedra, honor y gloria no solamente de su patria sino de todo el género humano...»

El notable escritor francés monsieur Louis Viardot, á quien tanto debe el buen nombre de España en el extranjero, conoce cuanto á arte en general se refiere en nuestro país y tanto lo admira, que en su obra *Voyages en Espagne et en Italie*, estableciendo un paralelo entre los dos pueblos, da la preferencia al nuestro y añade: «el día en que se pueda viajar por España con comodidad (escribe á mediados del siglo pasado) los muchos europeos que hoy se

dirigen á Italia abandonarán ese camino y atravesando los Pirineos encontrarán un gran pueblo lleno de bellezas artísticas casi desconocidas.» Como si fuera poco el amor á España revelado en estas palabras, Viardot, que conocía admirablemente nuestra lengua, afirmaba que «nadie había leído el Quijote en francés y que Cervantes esperaba todavía su traductor», y por fortuna se decidió él á serlo. De cómo ha realizado la obra, son buenos testigos la edición ordinaria y la espléndida de lujo, admirablemente ilustrada por Gustavo Doré y de la cual en cuanto al texto, así como á la ilustración, hace los mayores elogios el gran crítico francés Teófilo Gautier. No digamos del concepto que le merece el original á

un gran literato como Gautier, estilista sólo comparable entre nosotros á Don Juan Valera, y que por consiguiente ha de sentir como pocos la forma extraordinariamente bella de la obra de Cervantes. Así se expresa Viardot hablando del Quijote: «es un libro sin igual y merecidamente eterno; pues si la Iliada es la obra maestra de la poesía, él es la del buen sentido; cualidad que unida á su elegancia y variedad infinita de estilo, que se adorna de todas las bellezas á que pueden arribar las lenguas cuando están en su madurez, hace de este libro la lectura favorita de todos los tiempos y de todas las naciones, y de su autor un ser privilegiado de que, ni los tiempos antiguos ni los modernos, presentan otro ejemplo.»

...El libro, en su conjunto, es melancólico y revela cuán cerca está lo sublime de lo ridículo, dice César Cantú, ofreciendo sin piedad el desencanto de esos sueños que son, no obstante, la vida de la juventud y á veces el móvil de verdaderas virtudes, de generosos impulsos, siquiera sean imprudentes. Bajo aquella perpétua risa, al través de la oposición que establece entre la materia egoísta de suyo y el espíritu que se lanza á toda especie de sacrificios, ora sería de aquélla, ora se compadezca á éste, se trasluce el descontento que apenaba el ánimo de Cervantes al ver desconocidos y sin recompensa los generosos sentimientos que en su juventud le habían lanzado á los campos de batalla y hecho soportar con

heróica constancia los tormentos de la esclavitud; al paso que en la gloria no halló tampoco más que amarguras, ingraticudes y desengaños... Ningún escritor comprendió toda la grandeza de su lengua patria como Cervantes; ninguno le iguala en la grandeza y claridad de la invención, en el atrevimiento de las pinceladas, en la instrucción que revela de continuo, sin jactancia, ni en la manera de razonar, que nos hace reir en la infancia y meditar en la edad madura. En una palabra, el Quijote durará tanto como las alucinaciones heróicas y el buen sentido egoista; tanto como los dorados delirios de los utopistas y los obstáculos que embarazan un mundo en el cual cada día que pasa nos arrebatata una ilusión.

Finalmente Voltaire, aun diciendo sin fundamento que Don Quijote es imitación del Orlando furioso de Luis Ariosto, admira sin reserva la obra, y Víctor Hugo, el gran poeta francés, universal mejor dicho, del siglo XIX, amante de nuestro país por la educación que en él recibió de pequeño y gran conocedor de nuestra literatura, dedica los mayores elogios en su majestuoso, pomposo y grandilocuente estilo á la obra inmortal de Cervantes. Comparándole con Shakespeare, como astro de igual magnitud, hace constar que hasta en el mismo día dejaron de lanzar sus rayos esplendentes estos dos hombres extraordinarios; error muy generalizado, pues el génio inglés sobrevivió al español doce días. Aunque

la fecha de la muerte de ambos es la misma, el 23 de Abril de 1616, hay que tener en cuenta que Inglaterra no adoptó el calendario gregoriano hasta 1754.

Si todos los comentadores están de acuerdo en los elogios á esta composición extraordinaria, que todo el mundo ha leído, que á todos gusta leer de nuevo, todos distan mucho de pensar lo mismo respecto de la idea del autor al escoger el carácter de Don Quijote para su obra. Unos ven en Don Quijote una pintura burlesca del reinado de Carlos V y hacen de esta obra una sátira del mismo género que la novela de Gargantúa. Entre otros pasajes que establecen esta relación, citan el combate de Don Quijote con los leones y, según ellos,

esto es una alusión muy clara á la expedición de Carlos V á las costas de Berbería. Otros piensan que Cervantes no pensó nunca en atacar la memoria de aquel monarca sino sólo echar el ridículo sobre el duque de Lerma y los actos de su ministerio, apoyándose en el parecido, que encuentran asombroso, entre el duque y Don Quijote. Pero á esto objetan algunos que siendo el de Lerma amigo íntimo del conde de Lemos, no hubiera realizado Cervantes la idea por respeto y consideración á su protector.

Para Larousse (Grand Dictionnaire universel du XIX^e siècle) la única intención ha sido apartar á sus contemporáneos de los libros de caballería que en su tiempo se habían multipli-

cado de una manera alarmante en toda España, desarrollando excesivamente el espíritu gerrero de la nación y su tendencia á la devoción y la galantería, degeneradas á menudo en superstición y libertinaje. El gusto inmoderado de las novelas de caballería trajo sus frutos. Los jóvenes alejados del estudio de la historia que no ofrecía bastante alimento á su curiosidad desordenada, tomaron por modelos en su lenguaje y en sus actos sus libros predilectos. Obediencia á los caprichos de las mujeres, falsas miras de honor, venganzas sangrientas de las menores injurias, lujo desenfrenado, desprecio de todo orden social: todo eso fué puesto en práctica y los libros de caballería llegaron así á ser no

menos funestos á las costumbres que á los gustos. Estas consecuencias excitaron el celo de los moralistas y en 1543 dió Carlos V un decreto prohibiendo la impresión y venta de tales libros en España é Indias (en tanto que hipócritamente los leía y hacía representar en las fiestas de Bins) (1549). En 1555 las Cortes de Valladolid reclamaron lo mismo en una petición muy enérgica, pidiendo además que se recogiese y quemase todos los libros de esa clase que existieran.

Esta misma única intención es la que expresa Cervantes en su prólogo al decir que sólo se propone escribir una sátira contra los libros de caballería. Cervantes presta á sus héroes su inteligencia y su razón: al señor

le da ese juicio elevado, ese entusiasmo de la virtud que pueden producir en un espíritu sano el estudio y la reflexión; al criado ese sentido limitado, pero seguro, ese buen sentido innato, esa rectitud natural que son el patrimonio de todos los hombres, cualquiera que sea la condición en que les haya colocado la suerte. Don Quijote y Sancho son un contraste vivo entre el espíritu poético y el espíritu prosáico. La monomanía de Don Quijote es la de todo reformador mal recibido por su siglo, pasando el más virtuoso y el más prudente de los hombres por loco en medio de una sociedad viciosa y corrompida. Es un hombre de bien á quien subleva la injusticia y que exalta la virtud: no sabe nada á medias, tiene la

naturaleza impresionable del poeta, sueña con ser el campeón del débil, el sostén del oprimido, el terror del opresor y del malvado. Esa es su locura: en todo lo demás razona como hombre de experiencia y de sentido reposado.

Por su parte Sancho despoja insensiblemente al pobre viejo: no es ya el campesino burdo que sigue á su señor con la esperanza de coger algunos maravedís; el espíritu de Don Quijote se ha reflejado en él; al contacto de este alma ideal, los buenos sentimientos de una naturaleza primitiva despiertan; al roce de esta razón recta, de este entendimiento elevado, brota la delicadeza del campesino; el espíritu natural lucha con el espíritu cultivado, que no siempre

es vencedor. Es admirable el espectáculo de estos dos hombres que han llegado á ser inseparables como el alma y el cuerpo, completándose mutuamente, reunidos para un fin noblemente insensato, haciendo con prudencia las acciones más locas, practicando, sin sospecharlo, uno la sabiduría de Zenón, el otro la de Epicuro, que no son cada una toda la sabiduría sino uno de sus aspectos.

Es, sobre todo en la 2.^a parte, para nosotros superior á la 1.^a, donde se encuentra al descubierto el verdadero pensamiento del autor. Ya no es cuestión de caballería andante sino en cuanto es continuación de la primera. Ya no es una parodia de las novelas caballerescas. Es un libro de filosofía práctica, un compendio de

máximas ofrecidas muy frecuentemente en forma de parábolas, una discreta y dulce sátira de la humanidad (Larousse).

El tono general de la obra no tiene menos carácter que la composición. «El estilo es de una belleza inimitable, dice Sismonde de Sismondi en su *Literatura del Mediodía de Europa* y al cual no se acerca ninguna traducción. Tiene la nobleza, el candor de las antiguas novelas de caballería y al mismo tiempo una viveza de colorido, una precisión de expresiones, una armonía de períodos que ningún escritor español ha podido igualar. Algunos fragmentos en los cuales Don Quijote arenga á sus oyentes, tienen una gran celebridad por su belleza oratoria. Tal es su discurso

sobre las maravillas de la edad de oro. En el diálogo, el lenguaje de Don Quijote es grave, tiene la pompa y los giros antiguos; sus palabras, como su persona, no abandonan nunca la coraza y el morrión y el contraste se hace más agradable con la manera de hablar completamente plebeya de Sancho... Cada personaje habla en Don Quijote como lo requiere su situación; sólo Don Quijote conserva como hombre de otra edad el lenguaje solemne, un tanto rancio, de los paladines. Algunas expresiones anticuadas ó sin uso ya, que como lingüista consumado Cervantes ha sabido colocar en boca de su héroe, completan la ilusión.

Este color poético, extendido intencionadamente en el curso de la obra,

está reforzado por la elección de algunos episodios esencialmente unidos á la acción principal, aunque algunos críticos han querido no ver en ellos más que obras maestras inútiles. Exceptuando la novela del *Curioso impertinente*, las demás, esto es, la encantadora historia de la pastora Marcela, la de Dorotea, la del rico Camacho y del pobre Basilio, trozos que pertenecen al género serio, aun no siendo absolutamente necesarias al encadenamiento de los hechos, contribuyen poderosamente á sostener la nobleza general de la obra y hacer que se vea bien cuán lejos estaba Cervantes de la idea que se le supone de no haber querido más que divertir á sus contemporáneos. Además, si estos relatos episódicos aflojan

la marcha de la novela, este defecto se deja sentir poco en un libro que no se lee de prisa para llegar al desenlace, sino que se abre á la suerte para volver á leer tal ó cual capítulo admirable que se lee en pequeñas dosis con verdadero deleite y, en fin, estas digresiones son de tal modo interesantes en sí mismas, que nadie, después de leerlas, consentiría en separarlas del cuerpo de la obra.

En una ingeniosa disertación sobre Don Quijote, Bouchon-Dubournial, uno de sus traductores más estimados, ha trazado un curioso paralelo entre la Iliada y la obra de Cervantes, á la cual da á menudo la preferencia. «Homero, dice este escritor, nos transporta al empíreo para que nos maravillemos allí de la majestad

de sus dioses, de la grandeza sobrenatural de sus héroes y del espectáculo de todas las pompas del Universo. Cervantes, menos imponente, más prudente quizá, reduce y concentra al hombre en sí mismo para que se conozca mejor y para hacerle mejor ó más dichoso, armando su razón contra su debilidad. Todo en Homero es maravilloso y magnífico; todo en Cervantes es natural y bello. Los dos eran originales cuando escribían, pero Homero ha sido imitado y aun igualado desde ciertos puntos de vista y nadie se ha atrevido todavía á presentarse en el camino que Cervantes ha iniciado y recorrido tan gloriosamente. El fabulista español tiene además en su ventaja, por encima de los grandes épicos que

admiramos, el haberlo sacado todo de su imaginación, mientras que los demás han sido guiados en sus concepciones por la historia y por la mitología. El Don Quijote, desde el punto de vista de la concepción, del orden y del estilo, puede sostener con ventaja el paralelo con la Iliada. La acción de ésta es el desarrollo de los efectos de la cólera de Aquiles y esta acción es rigurosamente *una* en cuanto el poeta no cuenta más que la parte y las particularidades de la vida del héroe relativas á su cólera y tiende á un fin único, claramente determinado; es *completa* en cuanto expone el principio, los efectos y el fin de esta cólera; en fin, á pesar del gran número de episodios, de accesorios y de adornos con que Homero

la ha decorado tan pomposamente, la duración de la acción está sabiamente limitada á 46 días y este espacio de tiempo parece, á juicio del lector, el más perfectamente conveniente á la naturaleza de las cosas. La acción de la fábula de Cervantes es tan perfecta desde todos estos puntos de vista, como la de la Iliada; es rigurosamente *una* en cuanto no expone de Don Quijote más que la parte y las particularidades de su vida relativas á su locura, y tiene un fin único, claramente determinado, la resurrección de la Caballería andante; es *completa* porque en ella se ve nacer, continuar, obrar y terminar la locura del héroe; en fin, es de 165 días de duración, bastante hábilmente proporcionada al conjunto y á la

naturaleza de los acontecimientos para que la marcha de la acción no parezca sensiblemente ni demasiado lenta ni demasiado rápida. Resulta de esta comparación que los principios fundamentales del arte de la epopeya no están menos rigurosamente observados en la concepción, en el orden y en la marcha de Don Quijote que en la de la Iliada; que por consiguiente el orden de Don Quijote es esencialmente épico.»

Don Quijote resume, pues, todas las cualidades que se tiene derecho á esperar de una obra del génio: su fin es moral y elevado, su lectura es interesante en el más alto grado; su estilo es admirable y tan perfecto que con sólo este libro se podría, á falta de gramática y de léxico,

reconstituir la lengua española; en fin, su reputación, lejos de disminuir aumenta con el tiempo. ¿No son ésas las señales verdaderas con las cuales se debe reconocer las obras maestras que son la gloria y el honor de un pueblo? (Pierre Larousse).

Igualmente entusiasta es la apreciación que respecto de esta obra hace el eminente escritor norteamericano, Ticknor, en su *Historia de la Literatura Española*. «Si hemos de atenernos, dice, al testimonio unánime de dos siglos, Don Quijote es el mejor libro escrito por Cervantes. Es superior no sólo á todos los de su época sino á los de los tiempos modernos; lleva impreso el sello del carácter nacional y por lo tanto ha gozado siempre del más alto favor y

aprecio á que no ha podido llegar otro alguno.

El exquisito y adelgazado discurso de los críticos ha adulterado el objeto que Cervantes se propuso al escribir el Quijote, pues hasta se ha querido suponer que trató de describir el infinito y perpétuo combate de la parte poética con la parte prosáica del alma, entre el heroísmo y la generosidad por un lado y el egoísmo y el interés por otro, representando en esta lucha la realidad y la verdad de la vida humana. Esta idea se encuentra explicada en la *Historia de la Literatura* del sabio filólogo y crítico alemán Bouterweek. Pero esta conclusión metafísica, deducida de un examen y estudio de la obra imperfecto y exagerado, es diametral-

mente opuesta al espíritu de aquella edad que nunca usó de la sátira general y filosófica y contrario también al carácter del mismo Cervantes desde su entrada en la carrera de las armas y posterior cautiverio hasta el momento en que su corazón benévolo, noble y ardoroso, dictaba la dedicatoria de *Persiles y Segismunda* al conde de Lemos. Pero él mismo prohibió terminantemente que se diese á su libro ninguna significación ni intención secreta, porque desde el principio de su obra anuncia, sin rodeo alguno y en los términos más claros y explícitos, que su propósito es destruir el favor y autoridad que gozaban los libros de caballería y al concluirla declara de nuevo no haber tenido más deseo que el de hacer

odiosas las historias fabulosas y desastradas de los libros de caballerías, gozándose y recreándose en ello como en cosa de la mayor importancia. Clemencin, en el prólogo á su traducción del Quijote, cita muchas pruebas del furor que entonces reinaba en España por estos libros; Cervantes mismo debió ser muy aficionado á ellos por el profundo conocimiento que de los mismos demuestra en el Quijote. Cervantes consiguió que cesara la publicación de tales libros, cosa que no se pudo conseguir con las leyes; extraño ejemplo del poder y de la fuerza del génio que así destruyó oportunamente y de un sólo golpe todo un ramo de literatura favorita y floreciente en un pueblo grande y altivo.

La 2.^a parte del Quijote la juzgamos superior á la primera. Hay en ella más lozanía y vigor y si la caricatura llega casi á pasar el límite señalado, la invención de los pensamientos y el estilo y hasta la materia son más felices y la ejecución más acabada. El carácter de Sansón Carrasco, por ejemplo, es una adición muy feliz, aunque algo atrevida, y las aventuras del palacio de los Duques, donde el héroe llega al último extremo de su locura, el gobierno de Sancho en la Ínsula Barataria, la bajada á la cueva de Montesinos y visión que en ella tuvo; la escena con el capitán de bandidos Roque Guinart y con Ginés de Pasamonte, el forzado y titiritero, así como la burlesca y caballerosa hospitalidad

de don Antonio Moreno en Barcelona, y por último el vencimiento de Don Quijote en la misma ciudad, son cuadros admirables. Todo en esta 2.^a parte, pero especialmente el colorido y la entonación, prueban que el tiempo y la acogida bien merecida del público sazonaron y robustecieron más el buen juicio y profundo conocimiento de la naturaleza humana que Cervantes manifiesta en todas sus obras y que constituyen la parte principal de su ingenio, formado y educado entre las tormentas, los disgustos y las tristezas de una vida azarosa y agitada.

Pero en ambas partes ostenta Cervantes el impulso é instinto particular de su génio original y creador, principalmente en la pintura de los

caracteres de Don Quijote y Sancho Panza; caracteres cuyo contraste encierra un fondo inagotable de gracia y que puede decirse simbolizan el todo de la ficción. Son los dos personajes principales y por consiguiente el autor se complace en tenerlos continuamente en escena; á medida que la historia adelanta, les va cobrando mayor cariño y esto mismo le hace ponerlos después en situaciones tan improvisadas y nuevas para él como para sus lectores. El buen hidalgo, que al principio parece un remedo de Amadis de Gaula, se transforma lentamente en un personaje diverso, aislado, independiente, de noble y generosa índole, de sentimientos delicados, lleno de honradez y caballeridad y tan inclinado

á todo lo bueno y grande, que le cobramos el mismo afecto que le profesan el cura y el barbero y casi nos unimos al sentimiento de su familia cuando ésta lamenta su muerte.

Lo mismo y aun más sucede con Sancho; en su principio le presenta como opuesto á Don Quijote y es de creer que sólo aparece en la escena para hacer resaltar aun más las extravagancias y rarezas de su amo; hasta que al llegar á la mitad de la primera parte, comienza ya á decir uno de aquellos refranes que después forman el fondo de su conversación y carácter; y sólo al empezar la 2.^a ostenta aquella mezcla particular de agudeza y credulidad de que da muestras en el gobierno de la Ínsula Barataria; pintura magistral

que completa aquella figura con todas sus proposiciones grotescas á la par que propias y convenientes.

Cervantes llegó realmente á profesar cariño á aquellas creaciones de su ingenio fértil como si fueran entes materiales, hablando de ellos y tratándolos con una animación é interés que contribuyen en gran manera á la ilusión de los lectores. Así es que Don Quijote y Sancho nos han sido presentados con tal exactitud, que el caballero alto, enjuto y entonado, y el escudero rechoncho, decididor y malicioso, existen y viven en la memoria de cuantos los conocen, más fuertemente que ninguna otra creación del talento humano. Los grandes poetas Homero, Dante, Shakespeare, llegan sin duda á mayor

elevación y se pusieron más en contacto con los atributos más nobles de la naturaleza humana; pero Cervantes, escribiendo bajo la influencia natural y libre de su ingenio, reconcentrando instintivamente en su ficción el carácter especial del pueblo en que nació, se ha hecho el escritor de todos los tiempos y de todos los países; de los ignorantes como de los sabios; y esta universalidad singularísima le ha granjeado el tributo de admiración y simpatía de la humanidad entera; recompensa que no ha alcanzado aún ningún otro escritor.

Pero aunque esto baste para asegurarle eterna fama y gloria entre los hombres, Cervantes es todavía acreedor á mayor elogio. En efecto,

si queremos hacerle la justicia que más grata hubiera sido á su corazón, si queremos gozar y comprender bien su inmortal Don Quijote, debemos recordar al leerle que esta agradable novela no fué fruto de sentimientos juveniles y ardientes, ni de una existencia tranquila y feliz, ni escrita en los mejores años del autor, en la flor de su ingenio, en la primavera de las ilusiones y de las esperanzas, sino que, á pesar de sus inagotables gracias, de la pintura animada que hace del mundo, de la confianza y amor que respira por la bondad y la virtud, se compuso en la vejez, cuando ya estaba próximo al término de una vida agitada y azarosa, llena de esperanzas frustradas, de infructuosas luchas, de

calamidades y amarguras; que se empezó á escribir en una cárcel y se acabó cuando la mano de la muerte helaba ya y oprimía el corazón de su autor. Si, pues, durante su lectura tenemos presentes estas consideraciones, deberemos sentir y sentiremos la alta admiración y reverencia que se merecen el grande esfuerzo que creó el Don Quijote y el génio y carácter del escritor; si las olvidamos seremos injustos con uno y con otro.





